

Rafael Lapesa Melgar había nacido en Valencia en 1908. Durante su niñez, su padre —Ricardo Lapesa— regentó dos colegios privados en la Comunidad Valenciana: en Villarreal y en Sueca, sucesivamente; en esta última localidad llegó a ser una personalidad muy estimada, hasta el punto de que aún hoy día hay una calle dedicada a su recuerdo. Cuando ya había cumplido 90 años, Lapesa rememoraba con nostalgia su niñez en tierras valencianas; recordaba el jardín de la Mayorazga de Villarreal, hoy desaparecido, al que acudía de visita, pues él no llegó a ir al colegio: paradójicamente, su formación primaria la recibió en su propia casa y fueron sus hermanas mayores las encargadas de enseñarle a leer y a escribir. Fue en Valencia donde leyó por primera vez, a la edad de siete años, *La vida es sueño* y, según él mismo cuenta, la obra le entusiasmó de tal modo que la aprendió de memoria y llegó a construir un pequeño teatro con los personajes, a los que daba vida con su propia voz.

A los ocho años su familia se trasladó a Madrid y, ya allí, acudió al Instituto Cardenal Cisneros y después a la Universidad de Madrid, donde cursó los estudios de Filosofía y Letras. Estuvo siempre muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, lo que explica que la coeducación fuera un hecho natural para él, así como que jamás hiciera distinciones entre la condición masculina o femenina a la hora de pensar en términos profesionales. La misma raíz de-

bía de estar en su modo respetuoso de entender el mundo y las relaciones humanas, fundado en la mesura y la corrección más afables que cabe imaginar.

El doble magisterio académico del que partió ha sido repetidamente subrayado por el propio Rafael Lapesa. Dice al comienzo de su “Semblanza de Américo Castro” (en *Homenaje a Américo Castro*, Madrid, 1987, 121-134): “Américo Castro ha sido uno de mis maestros. Yo he tenido la suerte de tener dos: don Ramón Menéndez Pidal y don Américo Castro”.

De Menéndez Pidal adquirió la exactitud en la utilización investigadora de los datos y su contraste en los textos, así como el afán de actualización metodológica, que se concretaba en la superación del positivismo y el idealismo europeos; fue el maestro que dirigió sus pasos hacia la historia de la lengua en su aspecto más propiamente lingüístico, pues, aunque Menéndez Pidal no llegó a publicar una *Sintaxis histórica* completa del español, su trabajo sobre el *Can- tar de Mio Cid* contiene toda la sintaxis del español medieval, como solía repetir incansable y generosamente D. Rafael; de hecho, la sintaxis histórica del español ha presidido ininterrumpidamente buena parte de su dedicación académica.

Recién licenciado, entró en 1927 en el Centro de Estudios Históricos madrileño, donde trabajaban sus maestros Castro y Menéndez Pidal, y donde encontró a colegas hoy muy conocidos en el ámbito filológico: allí trabajaban figuras como Navarro Tomás, Elías Tormo, Manuel Gómez Moreno, Eduardo de Hinojosa, Julián Ribera, Jaime Oliver Asín, Antonio García Solalinde, Federico de Onís, Vicente García de Diego, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Samuel Gili Gaya, Amado y Dámaso Alonso, Margot Arce, entre otros, así como Pilar Lago (“a quien don Ramón, con supremo acierto, asignó una mesa frontera de la mía para que preparase textos críticos de Berceo”, como dejó escrito en “Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos”, *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, 1979, 46-79), con la que se casó. Durante su estancia fueron profesores visitantes Karl Vossler, Leo Spitzer, Marcel Bataillon, Salvatore Battaglia, C. Carroll Marden y una larga lista que muestra los estrechos lazos que unían a esta institución con el Hispanismo europeo y americano del momento. El propio Joan Coromines, que después quedaría vinculado a Lapesa por razones intra y extraacadémicas, acudiría allí en 1928 con el fin de cursar los estudios de Doctorado y defender, así, su tesis doctoral (puede verse esta cuestión con más detalle en Joan Solà ed., *L'obra de Joan Coromines*, Sabadell, 1999).

Ramón Menéndez Pidal dirigía entonces la sección filológica del Centro, que en aquel momento constituía una isla en el conjunto del panorama español dedicado a los estudios lingüísticos; de hecho, las clases universitarias se impartían preferentemente allí, y no en la Facultad de Filosofía y Letras de San Bernardo (que era “desesperadamente arcaica”, como escribió Lapesa en “Menéndez Pidal, creador de escuela”, 43). En el Centro se habían ido incorporando innovaciones metodológicas de la lingüística europea del momento, que conducirían a la elaboración de obras caracterizadas por una visión amplia de la Filología Hispánica, como fue el caso del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*, y cristalizarían en otras que han sido fundamentales hasta fecha muy reciente, como las publicadas por Navarro Tomás o Amado Alonso. Los trabajos pioneros de sus colaboradores encontraban cauce en la entonces joven *Revista de Filología Española*. Como ha señalado recientemente Antoni M. Badia i Margarit (en “Rafael Lapesa y la lengua española”, *Saber leer*, 145, mayo 2001, 12), de Menéndez Pidal heredó Lapesa la exactitud del dato, la necesidad de refrendar cualquier teoría en la documentación entendida schleicherianamente como una prueba irrefutable de verdad filológica. En este sentido se hace necesario subrayar que el dato empírico se equiparaba al dato histórico, lo que constituía una constante de la investigación pidaliana, que con gran pro-

babilidad procedía de J. Grimm. No hay que olvidar la raíz germánica de los grandes filólogos del siglo xx, que también alcanzó a Rafael Lapesa. Su aportación en este campo se ha caracterizado por un gran rigor metodológico, dentro de una concepción de raíz humboldtiana, y su legado filológico, aún por estudiar, es de un alcance excepcional en la historia de la filología y del pensamiento hispánicos.

Por otra parte, Rafael Lapesa había trabajado desde su primera juventud en la Universidad de Madrid al lado de Américo Castro, investigador volcado no sólo en la historia y la literatura hispánicas, sino también atento a la Filología, a la que consideraba “una ciencia esencialmente histórica”, tal como el propio Castro dejó reflejado en un escrito juvenil de 1916, siguiendo la senda de H. Paul. Castro conocía ya entonces la obra de los neogramáticos, así como también a Schuchardt, a Lenz, a Vossler, y, en palabras de Lapesa: “seguramente tenía noticia directa de la trabazón que Menéndez Pidal iba descubriendo entre los hechos y factores políticos, jurídicos, sociales y culturales presentes en la España de los siglos IX al XII, de una parte, y de otra, los caracteres, evolución y fuerza expansiva de los dialectos románicos peninsulares”; de él heredó la visión del historiador que encuadra los hechos lingüísticos en el marco de la situación cultural y vital del momento correspondiente, tal como se refleja en la obra lapesiana más característica: su *Historia de la lengua española*, los *Estudios de historia lingüística española*, sus trabajos lexicográficos (recopilados en *Léxico e historia I. Palabras*, y *II. Diccionarios*, además de su formidable labor al frente del *Diccionario histórico* de la Real Academia Española y de la investigación minuciosa que a lo largo de toda su vida dedicó a la elaboración del monumental e inacabado *Glosario de voces ibero-románicas*, de importancia capital para todas las variedades románicas peninsulares), así como los dedicados a la *Morfosintaxis histórica del español* (reunidos y publicados conjuntamente en 2000). Por otra parte, la concepción integral de la Filología emanada del propio Centro de Estudios Históricos, hizo posible que Lapesa dedicara trabajos magistrales a la obra de literatos insignes como Garcilaso o el Marqués de Santillana.

Castro enseñaba Historia de la Lengua Española en la Universidad de Madrid. Durante su estancia en Hamburgo, en el curso académico 1930-31, Lapesa le sustituyó en la cátedra, sustitución que se alargó un año más como consecuencia de ser Castro nombrado por España embajador de la República en Berlín. Sin duda, esta circunstancia confirió a Lapesa una carga muy elevada de responsabilidad, que forjó su excelente e indiscutible condición de profesor y maestro.

Como ha recordado Lapesa, “la guerra civil cayó sobre el Centro, como sobre toda España, igual que un hachazo”. No lo fue menos para él. Carente de cualquier sentimiento parecido al ardor guerrero, Lapesa enseñó a leer a soldados de las tropas republicanas. Imbuido de cierto romanticismo del momento, comenzó a escribir una historia de la lengua española pensando en un público de obreros y campesinos; algunos años más tarde, en 1942, su *Historia de la lengua española* se publicaría como un manual para alumnos de Bachillerato y con el tiempo llegaría a conocer hasta nueve ediciones (la novena y última edición fue puesta al día en 1981).

El Centro de Estudios Históricos fue desmantelado y sustituido por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al que le fue vedado el paso, circunstancia que dejó en él alguna huella que borró de su recuerdo cuando, ya muerto Franco, entró por fin en la institución. Al quedar en España durante y después de la contienda civil, Lapesa conoció dificultades que por fortuna no consiguieron minar su vocación filológica. Le fue negada una cátedra de bachillerato por un tribunal presidido por Miguel de Unamuno, a la que concurrió junto con Samuel Gili Gaya (que tuvo aún peor fortuna, ya que fue eliminado en el primer ejercicio) y Ernesto Giménez Caballero, que sería el ganador de la plaza. Mejor suerte conoció en Sa-

lamanca, donde enseñó en el Instituto y en la Universidad. Finalmente, obtuvo en Madrid la cátedra de Historia de la lengua española que había sido de su maestro Américo Castro, tras vencer las lógicas reticencias que despertaba en él el hecho de ocupar una cátedra que su maestro había tenido que abandonar a causa de la guerra civil: el propio Castro le convenció de la idoneidad de los hechos. Siendo ya catedrático de la Complutense, pudo reanudar el contacto y la amistad con él (y con otros miembros del Centro, como Amado Alonso, de cuya obra inconclusa *De la pronunciación medieval a la moderna en español* preparó para la imprenta los dos primeros volúmenes sin conseguir terminar el tercero y último) cuando, a propuesta de D. Américo, se trasladó como Profesor visitante a la Universidad de Princeton: allí comenzó a desarrollar el concepto humboldtiano de la *forma interior del lenguaje*, según lo había aplicado Amado Alonso a varios rasgos peculiares de la lexicología y la sintaxis hispánicas. Es importante subrayar la trascendencia que este hecho tiene en la obra de Lapesa, caracterizada en general por una gran cautela teórica de fondo a la hora de interpretar los hechos gramaticales, pues el recurso a la *forma interior del lenguaje* le permitió articular de manera coherente aspectos aparentemente inconexos de la sintaxis histórica del español, tal como puede apreciarse ahora a la vista de la publicación conjunta de sus *Estudios de Morfosintaxis histórica del español*, que permite rescatar la concepción unitaria que tuvo en su origen. En 1968 (en “Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español”, recogido ahora en sus *Estudios de Morfosintaxis histórica del español*, 32-52) Lapesa aplicaba en su obra sintáctica del español la idea de *forma interior* con la matización de que “habría que desconectarla del idealismo filosófico, alejarla del plano en que se especula con el espíritu de los pueblos y otras abstracciones más o menos fantasmales, y traerla al de las tradiciones, hábitos, formas de vida y creaciones colectivas”, y en 1988 (en “La huella de Américo Castro en los estudios de lingüística española”, *Américo Castro: the Impact of His Thought. Essays to Mark the Centenary of His Birth*, Madison, 1988, 106) insistiría en que “la forma interior de una lengua no es correlato de una concepción puramente intelectual del mundo”, tratando con ello de concretar en términos filológicos la función conformadora que el lenguaje ejerce sobre la mentalidad de comunidades e individuos.

Por otra parte, su *Historia de la lengua española* fue recogiendo en las sucesivas ediciones de la obra el cambio de orientación, de trascendental importancia, registrado en la situación lingüística de la Hispania prerromana (de la obra de E. Hübner a la de J. Untermann), al tiempo que se fue nutriendo de la fonología diacrónica (de la que incorporó los logros obtenidos por Alarcos), la dialectología histórica (su trabajo sobre el *Fuero de Valfermoso de las Monjas* es en este sentido paradigmático) y de la dialectología sincrónica, a la par que servía de sustento a la aplicación renovadora del comparatismo con artículos magistrales como el inteligente estudio sobre el *Auto de los Reyes Magos*. La atención dedicada a la lengua vasca como sustrato y adstrato del español procedía de sus contactos iniciales con Navarro Tomás o Amado Alonso, que ya en el Centro de Estudios Históricos habían elaborado trabajos sobre el euskera, presentados en 1923, juntamente con el de Menéndez Pidal, al Tercer Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica. Más tarde, junto a Dámaso Alonso, Balbín y Fernández Galiano, formó parte del tribunal de tesis doctoral de Luis Michelena (o Koldo Mitxelena, a quien le unió después una relación de gran cordialidad y con quien compartiría en 1984 el I Premio de Investigación Menéndez Pidal), que había sido dirigida por José Vallejo (latinista formado también en el Centro de Estudios Históricos, razón que probablemente explica que no tuviera inconveniente en dirigir la tesis doctoral a quien carecía de antecedentes penales adecuados al momento). Pero son, sin duda, la constitución de la koiné castellana medieval a través de sus brillantes trabajos sobre la apócope, por una parte, y el español de América en todas sus dimensiones, por otra, los núcleos más consistentes de

su obra histórica, que, compendiada en su manual, apoyó continuamente con trabajos de especialización concienzudos a la par que eruditos, recopilados en buena medida en 1987 en sus *Estudios de historia lingüística española*. Pese a ello, no olvidó nunca su faceta de profesor de instituto: su *Historia de la lengua española* nació con ese espíritu y se transformó en obra imprescindible que está a punto de ver su traducción a la lengua japonesa para estudiantes universitarios.

Habría que recordar con mayor insistencia el escaso reconocimiento que Lapesa ha tenido en las instancias culturales del país. Es cierto que su personalidad se alejaba en extremo de cualquier atisbo de vanidad y que jamás persiguió galardón alguno, pero ello no justifica que la sociedad española no haya estimado más justamente todo cuanto representó en las tareas docentes de diferente orden, así como en su labor en las instituciones culturales a las que entregó sus esfuerzos (entre otras, la Real Academia Española, de la que había sido Secretario en tiempos pasados, así como Director interino en 1991: la definición que se recoge en el *Diccionario* de la institución s. v. *valenciano*, que tantos sinsabores le acarreó, es fruto de su mente lúcida y rigurosa). Los premios le fueron concedidos compartidos, siempre compartidos: el Menéndez Pidal de Investigación en 1984 y el Príncipe de Asturias de las Letras en 1986. Quizá por el hecho de haber nacido en una generación que ha quedado enmarcada entre otras dos realmente relevantes, la del 14 y la del 27, en “tierra de nadie” (como el propio D. Rafael escribió de sí mismo), en la que caben nombres como Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Antonio Tovar, Severo Ochoa, Pedro Laín Entralgo..., no se ha perfilado suficientemente el papel desempeñado por Lapesa en momentos varios del siglo xx español, así como de la historiografía lingüística en general. Convendría rescatar materiales del pasado y recordar la trayectoria intachable de una personalidad que ha sido testigo de tantos avatares históricos y que se esforzó incansablemente en la búsqueda de lo más razonable en la andadura histórica común.

La envergadura de la obra lapesiaña ha quedado de manifiesto en diferentes análisis que de ella se han hecho (sirva como muestra el número que le dedicó el *Anuario de Letras* mexicano en 1997 o el más reciente de *Philologia Hispalensis* de 1998, aparecido realmente en 2000). Es menos conocida su labor como director de tesis doctorales, que sobrepasan ampliamente la centena. Y, desde luego, nunca se subyará con la suficiente contundencia la labor que desempeñó como docente, en enseñanza secundaria y en el ámbito universitario. Rafael Lapesa ha sido un profesor excepcional de la Universidad española, por su dedicación a las tareas de docencia en momentos en los cuales no se apreciaba ni se ejercía especialmente ese ejercicio de responsabilidad. D. Rafael no se contentaba con exponer de forma rigurosa y bien organizada el contenido de las materias, sino que mostraba un interés personal por el estudiante que, por entonces, era poco común: acostumbraba a devolver a cada alumno los exámenes parciales corregidos de su propia mano, con anotaciones manuscritas que enmendaban, completaban y, al mismo tiempo, iluminaban el resultado obtenido, gracias a lo cual el contenido correcto quedaba permanentemente fijado, aprehendido, en la mente del alumno. Cuantos hemos tenido la fortuna de ser sus alumnos no sólo hemos asistido a clases magistrales de historia de la lengua o a seminarios en los que nos transmitía los modos rigurosos de la investigación filológica (que él, a su vez, había aprendido de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza), sino que, sobre todo, hemos tenido el modelo del profesor que todo universitario desearía llegar a ser. Descanse en paz.

M^a TERESA ECHENIQUE ELIZONDO
Universitat de València